

1847 ollas, y parte de la presa la asaron sobre las brasas, parte la pusieron á cocinar. Preparado el rancho, me brindaron con un buen pedazo de pierna. Pero (confieso mi pecado); por más actos de fe que hice para persuadirme que aquella carne era gustosa, tierna y delicada y aun mejor que la gallina y el recién nacido cabritillo, mi voluntad siempre resistió como un bronce, todos mis discursos y racionios se desvanecieron como la sal en el agua, y me parece que mucho tiempo ha de pasar y muy apurado y acosado de hambre me he de ver, antes que yo consienta en la tentación.

Otra de las tribus que visité fué la de los Mamos. Vivian estos junto á la desembocadura del río San Miguel, en el Putumayo; mas habiendo fallecido hace unos diez años su Curaca, Bartolomé Castillo, se esparramaron por los montes. Volvieron después á poblar un poco más abajo en un punto llamado el Antiguo Mamos. De miedo de unos catarros que diezmaron la población, se fugaron de nuevo diciendo que el diablo les comía el corazón. El día de hoy viven en el pueblo llamado la Concepción, grande en otro tiempo y en la actualidad poca cosa.

Una tribu me restaba por visitar en el Putumayo: la premura del tiempo era grande; quedábame mucho que andar y los indios habíanse ido río abajo á la pesca de la charapa. Estas consideraciones me tenían perplejo y sin saber qué resolución debía tomar, pero haciéndome cargo que de mi visita podían resultar grandes bienes á la República (hacia poco que estos indios se habían insurreccionado), me metí en mi canoa, resonaron de nuevo las bombonas y partí de los Mamos con dirección á Cancapui; así se denomina su ranchería. No encontré en el pueblecito sino al Capitán, indio amable en extremo, brillante mozo y encarnado como un arrebol, pues hasta su Cusma estaba pintada de grana. Dijome que todos sus

1847 compañeros habían salido para hacer manteca; que si quería, me acompañaría hasta donde los encontráramos. Acepté gustoso su oferta, y continuamos nuestra marcha en su compañía. Dos jornadas después de haber salido de Cancapui, dimos felizmente con ellos en una isleta, llamada Miará, no lejos de la desembocadura del río Curilla. Pasé dos días en medio de ellos, pero de los más alegres de mi vida; no se separaban de mí, sino cuando tenían que pescar, examinaban atentamente las imágenes de mi breviario, mis vestidos, mis libros. Me suplicaron repetidas veces me quedara con ellos. Les respondí que entonces no me era posible contentarlos, pero que si no se fugaban á los montes, regresaría donde ellos dentro de tres lunas (tres meses). Así me lo prometieron, añadiendo que me acompañarían á la conquista de los Agustinillos; residentes en el río Curilla. Nos despedimos, nos abrazamos mutuamente y volví á la Concepción para tomar desde allí el camino que debía conducirme al Caquetá. Once días gasté en estas subidas y bajadas, sin otra novedad que la de un lance curioso.

Habíamos hecho alto en una espaciosa playa para pasar en ella aquella noche. El cielo estaba sereno, las aguas limpias y cristalinas, la luna en su oposición, nosotros contentos y festivos; todo nos prometía una noche sosegada y feliz, después de las fatigas del día. Y en efecto, este fué uno de mis últimos pensamientos y así también pensaban mis compañeros de canoa. Sería como la una de la mañana, cuando un ruido repentino despertó los bogas. ¿Qué era? Una fuerte é inesperada creciente. A las canoas, gritaron todos, á las canoas; el río crece mucho y las embarcaciones están ligeramente amarradas. Ya el agua mojaba nuestras tiendas y ranchitos; no tuvimos más remedio que cargar con vestidos, ropa y trastos de cocina y meternos precipitadamente en nuestras

1847 canoas, las que, arrebatadas de la corriente, se dispersaron, y no pudimos encontrarnos los unos á los otros hasta el día siguiente por la tarde.

Terminada tan felizmente mi excursión en el río Putumayo, dejé las canoas para empuñar mi bordón y meterme en las selvas. Salí al río Cencella y al Mintoya, cuyas vueltas y revueltas me habían de servir de norte y guía para dar con la tribu de los Macaguajes. Anduve á pie un día entero y entre corpulentos y encumbrados árboles encontré la rancharía de estos indios, los más pacíficos y sencillos de cuantos he tenido la dicha de visitar. Son tan recatados y decentes, que ya que en su pobreza no encuentran cómo vestirse de lienzo, según usan los otros indios, se cubren con la corteza de un árbol llamado Carapacha. Esta la machucan y preparan tan bien, que al principio me engañé, creyendo era alguna especie de lienzo basto. Me regalaron una Cusma de este género para que la usara en los días de etiqueta. Su idioma es muy intrincado y oscuro; ellos, en extremo amables y expresivos. Antes de dejarlos, quise manifestarles el aprecio y estima en que los tenía, regalándoles á cada uno (hombres, mujeres y niños) un cuchillo, un espejo, un anzuelo, unas tijeras, dos agujas grandes y cuatro chaquiras. Para efectuar esta distribución con orden y concierto, nos reunimos en una choza, de la cual difícilmente me olvidaré por las muchas garrapatas que de ella saqué, y que ejercitaron mi paciencia por muchos días. La ceremonia duró como cosa de tres horas, estando sentados todos ellos alrededor de mí, con la confianza y alegría que mostrarían los miembros de una familia á su cuidadosa y solícita madre. El todo se acabó por un bautismo. El día siguiente por la mañana, acompañado de un crecido número de Macaguajes, continué mi marcha con dirección al río Mecaya, donde me aguardaba con canoa el Corregidor

del río Caquetá. Llegué al puerto al ponerse el sol, bien cansado y sin fuerzas; pues tras de haber caminado á pie todo el día por montes bastante espesos, no había tomado alimento alguno por haberse atrassado los Cocagüeros: (así llaman aquí á los que llevan las provisiones).

El Mecaya nace como el Cencella y el Mintoya, de varias lagunas y arroyuelos que corren por dentro de los montes que median entre los ríos Putumayo y Caquetá. Aunque no es muy ancho, es sin embargo bastante profundo; su curso muy lento y sosegado; sus aguas muy templadas y, casi puedo añadir, calientes; pues habiendo medido su temperatura, me dieron 26° del de Réaumur. Sus orillas son de lo más pintoresco y divertido por la multitud de aves que de rama en rama van saltando. Los peces tantos y en tanta abundancia, que en menos de tres credos ya ha hecho una provisión para cenar ó comer. Las nutrias brincaban de seis en seis, y de diez en diez al contorno de nuestras canoas. Pero lo más interesante de este río y lo que no puedo pasar en silencio, es el favor que Dios me concedió pocas horas antes de dejarlo.

Íbamos río abajo, siempre distraídos y divertidos, haciendo la guerra con nuestras escopetas unas veces á los Paujis, á las Pavas y Camaranas, y otras á los barbudos con nuestros anzuelos. El sol comenzaba á levantarse majestuosamente sobre el horizonte, y á impulsos de la brisa y suave cefirillo que subía del Caquetá, no muy distante de nosotros, mecíanse blandamente los sauces, los cedros y alcanfores. Yo mismo experimentaba allá dentro de mi corazón un no sé qué, que bañaba mi alma de un consuelo particular. Pocos momentos antes había yo rezado el oficio divino, y en él había leído y recordado la memoria de las conversiones extraordinarias que el Señor obró por medio del Santo, cuya fiesta en ese día la Iglesia celebraba; de un Santo sumamente suave en su doctrina

1847 y amable en extremo en su trato; de un Santo que fué siempre el martillo de los herejes y de los libertinos; de un Santo que habiendo estudiado bajo la dirección de los jesuitas, los apreció y estimó sobremanera; dirélo de una vez, San Francisco de Sales, gloria del Episcopado francés y ornamento de la Iglesia católica. Los indios comenzaron á cuchuchar entre sí, manifestando un cierto contento. ¿Qué es eso? les pregunté. Una canoa que se divisa allá abajo, me respondieron. Estos encuentros les son muy agradables, porque hacen provisiones y descansan un par de horas. Arribamos á la ranchería; preguntamos quiénes vivían allí. Una mocita respondió que allí estaba Bautista. Brincamos en tierra y nos encontramos con el Capitán y la familia de la famosa casa de los Guaques. El Capitán entendía el castellano y me acogió con singular cariño. Hablamos muy amigablemente y por último me pidió hiciera cristiana á su familia, que así lo deseaba. Me detuve con ellos cuanto fué preciso para instruirlos en los principales misterios de nuestra Santa Religión, y después les hice hijos de Dios y de la Iglesia por medio del Sacramento del Bautismo. El Capitán se me aficionó tanto, que me acompañó cinco días seguidos, apesar de que estaba cansado de resultados del viaje largo que acababa de hacer. Este bautismo de la familia Guaque ha sido para la Religión y para la Nueva Granada una ganancia muy importante, porque está emparentada con los principales Capitanes de la gran tribu Mesaya, en cuya conquista estoy pensando; y estos recién bautizados han de ser, despues de Dios, mi más poderoso apoyo.

Tres días echamos de bajada por el Mecaya y salimos felizmente al Caquetá, llamado por otro nombre Río-grande, y por los portugueses, Yupurá. Es mucho mayor que el Putumayo, pero su navegación es más penosa por razón de su precipitada corriente hasta Yurayaco, y también más difícil y corta, á causa de

1847 tres chorreras que impiden el paso á las embarcaciones hacia su mitad. Aunque he navegado y recorrido la mayor parte de este caudaloso río, no tengo ideas claras de su verdadero origen en la provincia de Almaguer; pero dentro de poco espero conseguir esos conocimientos. Es bastante aurífero y de cuando en cuando bajan los indios á playar, es decir, á lavar oro junto á sus orillas.

Visité las poblacioncitas de Solano, de Yurayaco, de Pacayaco y de Limón. En la primera conocí muchos Coreguajes, y también tuve gran función como en los Macaguajes y en el Mecaya; bauticé otra familia entera de los Mesayas. Celebrábamos ese día la fiesta de la Candelaria ó Purificación de la Santísima Virgen. Y si bien es verdad que en todo tiempo y en todos los días del año esta bondadosa y tierna Madre nuestra piensa en nosotros y trabaja y se interesa en la conversión de los pecadores y de los infieles, mucho más lo es que dispensa estos favores y otros más con mayor profusión en aquellos que le son consagrados particularmente. Durante el Santo Sacrificio de la Misa le pedí bendijera mis trabajos y ablandara los corazones endurecidos. Escuchó sin duda mi plegaria, y si no, escucharía la de tantas almas puras que ese mismo día le harían igual súplica y demanda en muchas ciudades de la República, pues los efectos fueron efectivos; todos los blancos que allí vivían se confesaron y comulgaron al siguiente día, y en la tarde del día que le estaba dedicado, hice cristiana la familia Mesaya, de no menor rango que la del Capitán Bautista. Les regalé también á estos cuchillos, agujas y reliquias y otras cositas, de lo cual quedaron muy pagados y agradecidos. Me preguntaban si iría con ellos á su tierra (á Mesaya). Les dí buenas esperanzas, ya que entonces no me era posible.

Esta tribu vive en lo interior de los montes, cosa de tres días de distancia del Caquetá. Es sobre numerosa,

1847 muy aguerrida. Enemiga encarnizada de los Güitotos (otra tribu vecina y no menos poderosa), es ley entre ellos comer á todo aquel que cae prisionero, y al revés. Los cráneos de los que fueron víctimas de sus rivalidades y venganzas penden descarnados de unos bejucos atados á las puertas de sus chozas. Quizás no pasará mucho tiempo sin que la Nueva Granada mire en estos antropófagos modelos de las virtudes cristianas y nuevos súbditos, sumisos y obedientes á las leyes de la patria. Yo estoy resuelto á ir allá, cuando me sea posible y haya arreglado las cristiandades ó pueblos de que he hablado en esta relación. ¡Quién sabe si Dios exigirá el sacrificio de mi vida y el que riegue con mi sangre el territorio de los Mesayas y Güitotos como una condición necesaria, de cuya verificación quiere dependa la conversión de esos infieles? *si posuerit animam suam, videbit semen longævum.* Si así fuere, ¡oh, Dios mío! recibid desde este momento el sacrificio que de ella os hago. Lluevan sobre mi cuerpo los dardos y las flechas envenenadas; mil lanzas agudas lo atraviesen de parte á parte, y los tigres y leones se ceben en él y lo despedacen, con tal que se conviertan y entren en el redil del buen Pastor, tantos millares de idólatras: *ignis, crux, bestie, confractio ossium, membrorum divisio, et totius corporis contritio, et tota tormenta diaboli in me veniant.* Añadid, Señor, esta gracia á tantas otras que sin merecerlas me habeis otorgado. Os la pido por los méritos de la Santísima Virgen, Reina de los Mártires; por los de tantos centenares de jesuitas mártires que sellaron su apostólico celo con la efusión de su sangre en el Japón, en la China, en la Florida, en el Brasil, en el Orinoco, en el Maraón, en el Napo y en otros puntos del globo. A esos poderosos mediadores añado también el gran Javier, ese siervo y amigo vuestro, en quien pusisteis vuestras complacencias y de quien os servisteis para daros á conocer en el Oriente á millones

de idólatras, que yacían sepultados en las tinieblas de la superstición. Finalmente, os pido ese favor por los méritos de las Santas y Santos protectores de todas y de cada una de las ciudades de la Nueva Granada. De ese modo se verificará también en mi lo que Vos dijisteis hablando de vuestra futura Pasión y muerte. *Si ego exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum.* Amén, Amén.

Llegué sin novedad á Mocoa para dar principio á la Santa Cuaresma y prepararme, por medio del recogimiento, á la celebración de los augustos misterios, cuya memoria nos recuerda nuestra Santa Religión en este tiempo. Lloremos, pues, con Jesus; trabajemos con Jesus; suframos con Jesus y reinaremos en el cielo con Jesus, según aquellas palabras del mismo Salvador: *Vos estis qui permansistis mecum in tentationibus meis; et ego dispono vobis regnum.*

De V. R. su más humilde hijo en J. C.º—José S. Lainez, de la C. de J.

4)—De vuelta de la expedición pensaba el P. Lainez en otra mayor, como lo dice él mismo; mas se encontraba sin recursos y necesitado de muchos utensilios indispensables para emprenderla. Aquel Gobierno, de buena voluntad acaso, pero ajeno á todo conocimiento y experiencia en esos asuntos de misiones, y en realidad muy poco generoso para disponer de bienes, que en ninguna manera le pertenecían, los bienes de los conventos suprimidos, quería que un misionero en tierras de salvajes pudiera atender á sus propias necesidades personales y á las mayores que llevan consigo las de su misión con 240 pesos anuales: confundía sin duda á un misionero apostólico con un escribiente de oficina, á quien no suele subvencionarse con menor cantidad. Para arreglar este negocio y proveerse de todo lo necesario para continuar la grandiosa obra comenzada, determinó salir á Popayan, y

4.—El Padre Lainez y sus neófitos en Popayan.